

# Las invasiones indoeuropeas, problema estratigráfico

Por Antonio TOVAR

Los lingüistas, en el tema de las invasiones indoeuropeas en la Península, hemos llegado, después de casi medio siglo de investigaciones, a algunas conclusiones que parecen seguras. Naturalmente que la crítica de los arqueólogos y la aportación por ellos de nuevos datos, puede obligar a reajustes y revisiones, pero en general más bien cabe esperar precisiones, que se echan de menos en cuanto a la distribución y a la cronología

Podemos hasta cierto punto considerar iniciador de estas investigaciones al aficionado E. Philipon. En su libro *Les ibères* (París, 1909), señala, oponiéndose vigorosamente al vascoiberismo vigente desde Humbolt a Schuchardt, el carácter indoeuropeo de multitud de fenómenos lingüísticos, principalmente sobre la toponimia y la onomástica personal de la Península. Que comete el error de atribuir tales elementos a los iberos, no debe hacer desmerecer sus logros absolutos. Su libro *Les peuples primitifs de l'Europe méridionale* (París, 1925), constituye, basado en las obras de H. d'Arbois de Jubainville y de Camille Jullian, creadores de la preocupación ligurista, un precedente de un trabajo hecho con método muy superior, el titulado *Zur Urgeschichte der Kelten und Illyrier*, de J. Pokorny (*Zeitschrift für Celtische Philologie*, vol. XX y XXI).

Después de este amplio estudio de Pokorny se suscita una gran polémica, iniciada por V. Pisani y que dura todavía. Pero en realidad hoy estamos seguros de que tuvieron una amplia difusión por toda Europa occidental y meridional unas primeras capas de indoeuropeos, aún no diferenciados en los dialectos, que más tarde van emergiendo a la luz de la historia sólo en los últimos siglos precristianos. Pero mediante la toponimia y los escasos restos de la tradición historiográfica podemos ascender bastante más allá. En efecto, la epigrafía nos permite localizar diversas lenguas, mejor o peor conocidas, indoeuropeas o no,

pero con restos evidentes desde el siglo VIII, para el etrusco; VII, para el tartesio<sup>1</sup>; V, para el latín y osco; IV, para el ibérico; algo después para el veneto, galo y celtibero. Cuando aparecen tales restos nos consta que estas lenguas llevan ya tiempo asentadas en su territorio respectivo y los pueblos que las hablan están caracterizados por un contexto arqueológico concreto.

Ahora bien, cuando queremos remontar en algunos siglos el horizonte lingüístico y los restos epigráficos más o menos fragmentarios de lenguas cesan, y ya no tenemos sino simples datos onomásticos o tradiciones históricas lejanas, los contornos precisos de los pueblos prehistóricos se borran y resulta que restos indoeuropeos ya no son atribuibles ni al celta, ni al germano, ni a los diferentes dialectos de Italia, sino que presentan características indiferenciadas. Así se ha ido formando, gracias principalmente a la obra de H. Krahe (citaremos de él sólo *Sprachverwandschaft im alten Europa*, Heidelberg, 1951, y *Sprache und Vorzeit*, Heidelberg, 1954), la idea de un indoeuropeo occidental todavía indiferenciado, pero accesible en una cierta medida a nuestro conocimiento. Se muestra tal estrato lingüístico en una serie de nombres, principalmente de ríos, extendidos de Noruega a Sicilia y del Atlántico a la India (H. Krahe, *Alteuropäische Flussnamen*, en la revista *Beiträge zur Namenforschung*, vol. I-VIII). Los diferentes dialectos han heredado este modo de nombrar, formando adjetivos de derivación o abundanciales con *-nt-*, pero el sistema tiene sus precedentes en época indoeuropea común y de modo significativo ha dejado en ciertos territorios nombres que no se explican por el dialecto dominante en tiempos históricos en aquéllos. Así se dan en Grecia nombres ilirios, como *Ἄχερον* (compárese eslavo antiguo *ezero*, "lago"; ruso *ózero*, "ídem"), en Alemania nombres no germánicos como *Bagantia*, *Alantia*, etc.; en Italia, igualmente, nombres no latinos ni osco-umbros.

En Hispania tales nombres existen y limitándonos ahora a los más seguros, de los cuales alguno ya había sido recogido por Krahe, podemos hacer una lista de hidrónimos<sup>2</sup>:

*Alenza*, río y dos aldeas, provincia de Orense.

*Alesantia*, arroyo hacia León, citado en un diploma del rey Silo.

*Almanza* (pueblo del partido de Sahagún, León), *Almántiga* (partido de Almazán (Soria), río *Almar*, en Salamanca).

*Aranda*, con el río *Arandilla*, afluente del Duero, y otro río *Arandilla*, hacia Molina de Aragón (Guadalajara).

*Aranzuelo*, río hacia Salas de los Infantes.

*Aransa*, río hacia Seo de Urgel.

*Arganda*, junto a Madrid, con un río *Arga*, en Navarra, y un río *Arganza*,

(1) Entendemos por tartesio en un sentido más estricto y preciso que el usual el territorio cultural del Suroeste de la Península, representado en lo epigráfico exclusivamente por las estelas del Algarbe y la piedra de Alcalá del Río. Véase *Zephyrus VIII*, 81, ss., *Anales de Historia Antigua y*

*Medieval*, Buenos Aires, 1956, y mi libro *Primitive Languages of Spain* (en prensa).

(2) Sobre el tema versa la comunicación presentada por mí al V.º Congreso Internacional de Ciencias Onomásticas (Salamanca, 1955), cuyas Actas están en prensa.

en Asturias; con pueblos de este mismo nombre en el Bierzo, en el partido de Burgo de Osma (Soria), amén de un *Argança* junto a Oporto.

*Argentona*, pueblo de Barcelona, a orillas de una riera del mismo nombre.

*Arlanza* y *Arlanzón*, ríos de Burgos.

*Barbantes*, río en Orense.

*Bergantes*, río en Morella, en relación de alternancia, del tipo señalado por Krahe, con *Berga* (Barcelona), *Vergara* (Guipúzcoa) y *Berganza* (en Lugo y en Alava), *Berganzo* (en Alava), *Berganciano* (al oeste de Salamanca).

*Degantia*, divinidad de época romana en el Bierzo, que bien puede ser acuática y así comparable al río italiano *Licenza*, antiguo *Digentia*.

*Eslonza*, monasterio en León, a orillas del Esla.

*Levantia*, en Gerona y arroyo de *Valdelevanza*, al extremo norte de Palencia.

*Palantia*, río hoy llamado Mijares, en Castellón, y seguramente nombre también del actual Carrión, lo que explica el nombre de *Palencia*, la antigua *Palantia*.

*Salmantica*, la actual *Salamanca*, nombre adjetival formado sobre *Salama(n)ti*, que es como se debía llamar el Tormes si atribuímos valor fluvial (el río *Sala*, *Sal(o)n* en toda Europa) a la divinidad a quien está dedicada con tal nombre el ara publicada en esta revista, VI, 298.

*Turgontium*, lago en la región de Bilbilis.

*La Vansa*, río y pueblo en Lérida.

Además de estos nombres y posiblemente en relación con otros hidrónimos, o como nombres viajeros de hidrónimos acreditados en otros territorios, podemos dar otra serie de topónimos en *-nt-*, que pueden referirse a la misma capa lingüística:

*Anzo*, en Asturias, Pontevedra y Burgos.

Cividade de *Bagunte*, al norte de Oporto.

*Bragança*, cuya alternancia con *Bracara*, nombre antiguo de Braga, en Portugal, coincide con la señalada en *Bergantes*.

*Brigantium*, nombre antiguo de Coruña, forma celta, correspondiente a la no céltica, del tipo estudiado en *Bergantes*.

*Corconte*, hacia Reinosa, con coincidencias ilirias que señaló Menéndez Pidal. (*Toponimia prerrománica hispana*, 93.)

*Lebendontia*, citada por Avieno cerca de la desembocadura del Ebro.

*Longuntica*, citada por Livio hacia Cartagena.

*Lucentum*, la actual Alicante, que los griegos "tradujeron" como *Akra Leuke*.

*Lucurgentum*, hoy Morón.

*Numantia*.

*Saguntum*.

*Saguntia*, hoy *Jigonzá*, en Cádiz, y las varias *Segontia*, hoy *Sigüenza* y *Cigüenza*, en Guadalajara, Burgos y Santander.

*Visontium*, en el país de los Pelendones, con el mismo nombre que el femenino río *Visance*, en Francia.

Aceptando provisionalmente estos nombres como huellas de la misma invasión que los hidrónimos, y aunque alguno haya de ser atribuído a colonizaciones

orientales, como es el caso de *Lebedontia*, en relación con *Lébedos*, en la costa de Jonia, es evidente que tal invasión se extendió a casi toda la Península, ya que sólo los extremos sudeste y suroeste parecen libres de ella. Seguramente que ello no carece de explicación, pues en los tiempos que se pueden calcular para dicha invasión el sureste debía de ser por razones climáticas la zona peninsular menos atractiva (Maluquer de Motes, *Zephyrus* VI, 168 s.) La presencia de estos restos onomásticos en Cataluña sin duda ha de ser puesta en relación con el descubrimiento, por Bosch-Gimpera, de la temprana presencia de indoeuropeos en el nordeste<sup>3</sup>. Una interpretación de Bosch, que ha tenido graves consecuencias, es la de pretender atribuir los topónimos en *-dunum* y en *-acum* de Cataluña a aquella invasión<sup>4</sup>. Ahora sabemos<sup>5</sup> que *-dunum* es mucho más moderno que *-briga* y por consiguiente tales topónimos (y menos los en *-acum*, que son de fundos romanos) no pueden atribuirse a época tan remota.

El tema de la cronología de las primeras invasiones indoeuropeas en la Península es de una trascendencia universal, pues si ellas corresponden, como parece evidente, al período común del indoeuropeo occidental, las fechas que los arqueólogos nos den para tal invasión en la Península será de decisiva importancia para la fijación del término *ante quem* para aquel período común.

La fecha del 900 dada por Bosch-Gimpera (*Et. Celt.* V, 394) posiblemente habrá de ser subida. Martínez Santa-Olalla dió (*Esquema paleontológico de la Península ibérica*, Madrid, 1946, 66), el año 1000, como fecha de una primera oleada, "intensamente renovada hacia el 850". Maluquer de Motes (*Zephyrus*, VI, 244 y 246) parece adoptar la fecha de Bosch, y por otra parte dice que los habitantes del poblado por él excavado de Cortes de Navarra, "en el siglo VI, llevaban varios siglos de permanencia en el país".

Por nuestra parte quisiéramos que los arqueólogos resolvieran el problema etnológico que entraña el bronce llamado atlántico, que acredita culturas de gran difusión, ricas e importantes. Gómez-Moreno señala cómo "de improviso, por toda Península, vemos aparecer tipos industriales, en armas principalmente, diversos de los indígenas, aunque también de bronce, más pujantes y de técnica muy avanzada... Estas piezas hermanan con otras que, en número muy considerable, salen de la Europa Central: Francia, Italia y Britania, cuyos prototipos fueron seguramente adquiridos por contacto anterior con la Grecia micénica, en sus fases postreras. Tenemos, pues, indicio firmísimo de una invasión continental hacia nuestros confines, muy pujante, dada la gran dispersión de dichas armas hasta en Andalucía y victoriosa tal vez porque la superioridad de ellas sobre las antiguas de acá es evidente; sin embargo, manifestaciones posteriores hacen presumible que el invasor fué expelido de las regiones meridional y oriental. En los demás territorios su arraigo se comprueba con la persistencia de unos mismos caracteres en sucesivas etapas de cultura, que alcanzan hasta la dominación romana. Tocante a cronología, la perfecta semejanza entre espadas del

(3) Véase la más reciente exposición de este autor: "Les mouvements celtiques, Essai de réconstitution", publicado en *Etudes Celtiques* V-VII, y para este punto V 393 ss. con indicación de la bibliografía anterior.

(4) *Et. Celt.* VI, 73, y aun más recientemente en *Orbis* V 335 s.

(5) Véase el trabajo de H. Rtx en *Festschrift für Peter Goessler*, Tübinger Beiträge zur Vor- und Frühgeschichte, 1953, 99-107.

invasor y otras del último período micénico, y de acuerdo con ello, todos los demás tipos industriales que las acompañan, fijan hacia las XIX o XX dinastías egipcias (1350 a 1090, antes de Cristo), el desgarramiento hacia acá de aquel pueblo". (*Misceláneas*, Madrid, 1949, 74 s., y compárese también la p. 37 del mismo libro.)

Ciertos restos indoeuropeos hispánicos han de ser atribuidos a las primeras penetraciones del indoeuropeo occidental: *páramo* se da sólo en Hispania, en ilirio y en el scr. *parama-*, y de la misma manera el nombre *Salmantica* es en su formación comparable a nombres de ríos indios e iránicos, con el mismo sufijo *-mant-*, y sólo se conoce un ejemplo europeo, el río *Vismund*, en Noruega, de la misma raíz que el *Weser*, sobre ant. al. *wisa* "pradera".

Podemos, pues, afirmar que a la Península llegó una invasión indoeuropea muy antigua, cuando los dialectos occidentales no se habían diferenciado. Si la llamáramos ligur, señalaríamos sus innegables coincidencias con la Liguria y las regiones limítrofes de Italia y de Francia; si iliria, sus conexiones con la Europa centro-oriental; si relacionamos su nombre con el de los *ambrones* (Menéndez Pidal, *Toponimia*, 38 ss.), estaríamos autorizados para pensar en invasores que se acreditan en la isla *Amrun*, en el mar del Norte y en el nombre de los *Umbros*. Seguramente lo mejor es no atribuir un nombre concreto a aquellos primeros invasores, ni siquiera el de designar su lengua como la característica del pueblo de los campos de urnas (Pokorny *The Welsh Anvil*, III, 82), pues realmente hemos de preguntarnos si no será anterior a la invasión de los campos de urnas la que se extendió con el llamado bronce atlántico.

Es más que probable que restos lingüísticos de la primera invasión se mantuvieran en España en zonas conservadoras. Inscripciones como la de Lamas de Moledo y la de Arroyo del Puerco, que presentan características no celtas, podrían ser los descendientes de aquellos remotos primeros invasores.

Suponer que los pueblos indoeuropeos históricos de la Península (celtas y celtíberos) derivan de aquella invasión, es caer en el error de Almagro, que ha sostenido que el elemento indoeuropeo hispánico procede de una sola invasión: "entre el 800 y el 200 transcurre este largo lapso de tiempo, en el cual se desarrollan los períodos I (800-600) y II (600-400), en que se pueden agrupar los materiales de los poblados y necrópolis descritos, pertenecientes a nuestra cultura de los campos de urnas, debiéndose admitir un período III (400-300) y un período IV (300-200) de transición a la etapa "ibérica", en el cual alterna esta cerámica hallstättica o céltica, fabricada a mano, tipo de los campos de urnas de España, con la "ibérica", fabricada a torno. A los pueblos portadores de esta cultura los griegos les dieron el nombre de celtas y cada vez habrá que diferenciarlos más, tanto lingüística, como cultural y racialmente, de los galos" (*Historia de España*, dirigida por Menéndez Pidal, I 2, 233 s.). Almagro acepta de Bosch-Gimpera el carácter celta de los campos de urnas, que ellos consideran la invasión más antigua, y tiende a rebajar la cronología de ésta. El amplio cuadro de los restos arqueológicos celtas, que precede a la síntesis transcrita, está muy significativamente trazado con criterios geográficos y con sólo secundaria atención a la cronología.

Frente a la concepción unitaria la lingüística nos muestra invasiones varias

en la Península. Las características del celtibérico, por ejemplo, suponen no un desarrollo convergente del indoeuropeo occidental común establecido en la Península, sino la presencia en ella de gentes desgajadas, precisamente de pueblos que ya tenían caracteres celtas.

Quizá la comparación arqueológica con zonas danubianas e ilirias, ya apuntada en alguna ocasión por J. Maluquer de Motes <sup>6</sup>, podría decirnos algo de la distribución y cronología de los ilirios en España. En otro lugar <sup>7</sup> hemos señalado alguno de los rasgos inconfundiblemente ilirios que nos ofrece la onomástica y la toponimia de la Península. Ahora no nos inclinaremos a admitir una primera etapa iliria, basta con admitir elementos mezclados, como se dieron siglos más tarde en las invasiones germánicas.

No pudiendo admitirse que los desarrollos célticos en la Península ocurrieran *in situ* como desarrollo autónomo de los primeros invasores indiferenciados, tuvieron que llegar en diversas oleadas. Postular desde ahora cuáles son éstas sería temerario sin el apoyo de los arqueólogos. Pero nos atreveríamos a señalar dos criterios para pasar por fin al planteamiento de un problema difícil: la difusión de los nombres en *-briga*, las características del celtibérico y finalmente el problema de las invasiones gálicas y de los topónimos con *-dunum*.

La difusión de *-briga* se acredita con los siguientes nombres: *Ardobriga*, *Abóbriga*, en Galicia; *Nemetobriga* y *Tuatobriga*, en León; *Lacobriga*, al norte de Palencia; *Deobrigula*, en Burgos; *Flaviobriga*, hacia Bilbao; *Amallobriga*, en Valladolid; *Mirobriga*, hacia Ciudad Rodrigo; *Caesarobriga*, *Augustobriga*, *Alpuébriga*, en el Tajo medio; *Segobriga*, en Cuenca; *Arcobriga*, en Arcos de Jalón; otra *Mirobriga* y *Nertobriga* o *Mundobriga*, hacia Almadén; *Segobriga* (Segorbe), sobre el Palantia; *Langobriga* y *Talabriga*, en la región de Aveiro; *Conimbriga* es la actual Coimbra; *Arabriga* y *Caetobriga*, en la región de Lisboa; más al sur, *Meróbriga*, y ya en el Algarbe, *Lacobriga*. Nombres en *-briga* faltan únicamente en las zonas del sudeste, lo que prueba que una invasión de celtas, portadores de tales nombres, se extendió por casi toda la Península. ¿Podrán los arqueólogos establecer las características que corresponden a una invasión que se extiende desde el Danubio hasta el Atlántico y que constituye, según parece, un elemento fundamental en el celtismo hispano?

En el cuadro de invasiones establecido, más con argumentos derivados de los nombres tribales y sobre las noticias de Avieno que sobre materiales arqueológicos, por Bosch-Gimpara <sup>8</sup>, nos inclinaremos a proponer si esta invasión de los nombres con *-briga* se identificaría con la de los Cempsí, poco después del 700 a. C., que según dicho autor trae a la Península el "hallstático arcaico". También puede corresponder a las nuevas oleadas que Bosch-Gimpera sitúa (*Et. Celt.*, VI, 116) hacia 650-600 (Sefes, Turones, Nemetes) y poco después de 600 (Belgas). Creemos que la invasión de los *-briga* es distinta de la que

(6) *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra*, Pamplona, 1954, 130 s. y 165.

(7) *Zephyrus* I, 34 s. (tratamiento *Tauta-* de \**teuta-*), *Zephyrus* III, 53 (*Baedorus* de \**ghwaid-*), *Beiträge zur Namenforschung* VIII (*Conistorgis*

'ciudad de los Conii' en relación con los nombres ilirios *Baudorgis* y *Koridorgis*).

(8) *Et. Celt.* VI, 102, cf. *Etnología de la Península ibérica*. Barcelona, 1932, 423 ss., Idem *La formación de los pueblos de España*, México, 1945, 123 ss. y 338 ss.

trae a la Península la lengua celtibérica, que ahora Bosch-Gimpera <sup>9</sup> se inclina a atribuir a los belgas.

Nos parece que para fijar la cronología de todas estas invasiones tiene una importancia especial la que puede establecerse sobre las excavaciones de Cortes de Navarra, con sus paralelos en Europa Central e incluso en las zonas danubiano-ilirias. Quizá estas conexiones apuntan en la misma dirección que los restos lingüísticos, que consideramos específicamente ilirios y no protoindoeuropeos occidentales aún sin diferenciar. En todo caso conviene insistir en que los invasores con características ilirias en la arqueología y en la lingüística no corresponden a las etapas primeras. Que los restos lingüísticos de Lamas de Molledo y de Arroyo del Puerco, antes aludidos, correspondieran a esta etapa y no a la primera indiferenciada, es también muy posible.

La destrucción de Cortes, a mediados del siglo VI <sup>10</sup>, tal vez podría ponerse a cuenta de los belgas. A éstos les atribuye Bosch-Gimpera (*Orbis*, V, 337) la constitución de la nación celtibera, de la cual ya tenemos restos lingüísticos perfectamente estudiados y de cierta importancia y extensión <sup>11</sup>.

Rasgos del celtibérico que acreditan arcaísmo y carácter conservador, formas como *uīros* "varón", *sistat* "coloca", la conservación de las labiovelares, nos remiten a una lengua marginal, conservada durante largo tiempo. La presencia en Peñalba de Villastar del dios *Lugu*, es por una parte un enlace directo con los galos, pero no olvidemos que tal divinidad está acreditada en Irlanda.

Finalmente, habría que tocar el problema de los galos en la Península. Celtas de *p*, es decir, del tipo de los galos, se acreditan en la onomástica en formas como *Petracius* y *Petranioi*. Recientemente Bosch-Gimpera (*Orbis*, V, 337) ha insistido en contra de tal invasión y precisamente utilizando textos míos. En realidad son los arqueólogos los que con estudio de materiales habrán de decirnos si hubo o no tal invasión. Mientras tanto, podemos atenernos a la crítica de Bosch y ver en tales restos lingüísticos una influencia cultural. Sin embargo, la lista de los nombres con *-dunum* debe significar algo más que una influencia cultural: *Verdú*, *Besalú* (de *Beseldunum*), *Salardú*, en Cataluña; *Berdún*, en Huesca; *Caladunum*, en Galicia; *Arialdunum* y *Estledunensis*, en Andalucía; *Navardún*, en Zaragoza <sup>12</sup>; prueban una extensión general, aunque evidentemente de menos trascendencia que la de los portadores de *-briga*.

El tema está abierto a la discusión y la solución cabe esperararla, más que de nuevas combinaciones de los materiales ya conocidos, del estudio estratigráfico de las excavaciones. Cuanto se haga en este sentido será de verdadera trascendencia y las hipótesis, indicaciones y discusiones de los lingüistas, por una parte, pueden servir de guía; por otra, quedan sometidas humildemente al veredicto de la cronología y distribución que la azada del excavador descubra.

(9) *Orbis* V, 336 s.

(10) MALUQUER DE MOTES, *Cortes de Navarra*.

(11) Véanse TOVAR, *Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas*, 28 ss. y 167 ss., LEJEUNE, *Celtibérica* (Acta Salmanticensis 1955), TOVAR, *Ampurias XVII-XVIII*, 159 ss. y una nueva revisión de las inscripciones de Peñalba, que aparecerá en *Emerita* XXV.

(12) Véase BONFANTE, *Rev. de Filol. Hisp.* VI, 383 ss. con referencia a Menéndez Pidal ("Si completamos, pues, a Dottin con lo que dice Menéndez Pidal, habría en la Península nueve *-dunum* seguros, de los cuales seis se hallan en Cataluña o en las provincias colindantes"); cf. BOSCH-GIMPERA, *Orbis*, V, 335.